



CAPÍTULO QUINTO

**A**L cabo de algún tiempo Magda recibió la siguiente carta:

«Mi querida Magda:

«¡Que Dios y su Santa Madre nos protejan!

«¿Seguís bien? ¿Vivís felices y exentos de temor? Aquí me bato terriblemente. Nos hallamos en los alrededores del castillo de Metz: con tal arrojó rechacé los ataques de los franceses, que caballería é infantería

admiraron mi valor. El general dice que yo gané la batalla, y me regaló la cruz que lucía en su pecho. Los oficiales me respetan. Tomé parte en otro combate, pero ignoro el nombre del lugar en que se efectuó. Luché como bueno, cogí al enemigo una bandera, la cuarta; é hice prisionero al coronel, el más alto y robusto de los coraceros. Los sargentos me aconsejan que cuando regrese mi regimiento solicite me permitan seguir en el ejército.

«En la guerra falta tiempo para dormir, pero los hombres encuentran siempre espléndida comida. Aquí el vino abunda, pues la gente es rica.

«Al apoderarnos de un pueblo no respetamos niños ni mujeres, y yo obro como obran los demás. Hemos quemado una iglesia, pues los franceses son católicos. Avanzamos contra el Emperador, y la guerra acabará pronto.

«Cuida solícita de la casa y de Franck. No te olvido en mis oraciones...

BARTEK SLOVIK.»

Bartek había cobrado afición á la guerra y adquirido gran confianza en sí mismo. Se dirigía al combate con igual tranquilidad que en Poguembín á cumplir sus ordinarios quehaceres.

Al fin de cada batalla las medallas y con-

decoraciones llovían sobre su pecho. Pero no ascendía. En el regimiento era tenido por el primer soldado. Dispuesto siempre á obedecer, su bravura era la bravura ciega del hombre que desconoce el peligro. Su valor no era como otras veces consecuencia de rabia loca, antes bien era efecto de la práctica adquirida en el manejo de las armas, de la confianza en su propio valer, y también en su fuerza prodigiosa é invencible resistencia á las fatigas. A su lado caían extenuados los hombres más robustos. Era el único que todo lo resistía. Su aspecto aumentaba en fiereza, y semejábase más y más al soldado prusiano. Creyóse el «Hombre de la guerra.»

En otra carta escribía á Magda:

«Voitek ha muerto cortado en dos pedazos; pero esto es la guerra. Era algo loco, pues afirmaba que los franceses son alemanes, cuando en realidad son franceses. Los alemanes están con nosotros.»

Magda le contestó:

«Mi querido Bartek:

«Nos casamos ante el altar santo y Dios te castigará. Eres á la vez loco y pagano, pues en compañía de los alemanes eres asesino de un pueblo católico. Deberías recordar que los prusianos son protestantes, ¡y quieres ayudarles! No observas los precep-

tos de nuestra Religión, pues incendias las iglesias. Dios todo lo ve, y si no tienes piedad de mujeres ni de niños, irás á quemar en el infierno, pues Dios no perdonará tus maldades si presto no resuelves volver al buen camino.

«Te envío cinco thalers, á pesar de hallarme en la miseria y de ignorar lo que puede sobrevenir. Te abrazo, mi querido Bartek...

«MAGDA.»

Esta carta llena de justos reproches causó á Bartek escasa impresión.

— ¡Bah! se dijo, las mujeres desconocen el servicio militar. Son excesivamente débiles. Y continuó viviendo como hasta entonces viviera.

Se distinguía en todos los combates. Los jefes, incluso el general Steinmetz, admiraban su valor. Cuando los regimientos polacos fueron licenciados, siguiendo el consejo de los sargentos se reenganchó. En consecuencia fué enviado á los alrededores de París.

Las cartas escritas en este período estaban llenas de insultos y desprecios á los franceses.

«En cuantos combates empeñan, decía, se salvan como las liebres.»

El sitio de París le gustó menos. Un día y otro día delante de la ciudad, escondido

en las trincheras escuchando el incesante tronar del cañón. Debía trabajar en las obras, aguantar la lluvia y pasarse largas horas calado hasta los huesos. Añoraba su antiguo regimiento.

Lo incorporaron como voluntario en un regimiento alemán. Empezaba á chapurrear esta lengua de manera apenas comprensible. En el regimiento se le llamaba: *Ein polnischer Ochs*.

Afortunadamente, sus brazos prepotentes y terribles puños le libraron de befas é insultos.

Tomó parte en varios combates y logró ser respetado de sus camaradas, que al fin se acostumbraron al carácter original del polaco. Cubrió el regimiento de tanta gloria, que lo consideraban como el más distinguido de los suyos.

En otros tiempos Bartek hubiera tenido por insulto el ser llamado alemán. Para diferenciarlo de los franceses lo llamaban *Ein Deutscher*.

Le parecía que en la actualidad era diferente, y quedaba satisfecho.

Un día encontróse en situación que, de ser capaz, le hiciera reflexionar mucho.

Algunos hombres de su regimiento fueron destacados contra los franco-tiradores. Prepararon una emboscada en la cual cayeron los enemigos. Eran aguerridos soldados de

la legión extranjera. Se defendieron con increíble heroísmo. Cargando á la bayoneta dirigiéronse contra los prusianos luchando con saña terrible. Prefirieron morir á rendirse. Sólo dos sobrevivieron, y la compañía de Bartek los aprisionó. Al caer la tarde fueron encerrados en la casa de un guardabosques. Al día siguiente debían ser fusilados. Bartek daba guardia á los dos prisioneros. Ocupaban un cuarto cuya ventana estaba destrozada.

Uno de estos prisioneros ya no era joven. Sus cabellos encanecían y su cuerpo revelaba extrema fatiga. Parecía indiferente. El otro, al contrario, aparentaba tener veinte años ó poco más, y su figura era dulce y algo afeminada.

—¡Vamos! esto se acabó, dijo el más joven. Una bala en la cabeza y listos.

Bartek temblaba de emoción. El más joven hablaba en polaco.

—Me es completamente igual, contestó el otro con voz que revelaba indiferencia. ¡A la buena de Dios! He luchado tanto que estoy harto de luchar.

El corazón de Bartek latía con violencia bajo el uniforme.

—Escúchame, prosiguió el viejo. Para nosotros no hay esperanza. Si temes procura pensar en otra cosa ó intenta dormir. La vida es penosa, muy penosa, y doy gracias al Señor que me libra de carga tan pesada.

—Por la que más lo siento es por mi madre, contestó el joven.

Y queriendo vencer la emoción que le embargaba empezó á silbar.

De súbito calla y con voz desesperada grita:

—¡Al pensar que ni adiós le dije á ella, á mi madre!

—¿Huiste de tu casa?

—¡Pues claro! Yo me decía: los franceses quieren aplastar á los alemanes; esto será ventajoso para el pueblo de Posen, y me fui con los franceses.

—También creí lo mismo, pero hoy...

El viejo soldado levantó la mano, hizo un gesto de duda y acabó la frase en voz baja...

La noche era fría. Caía pausada finísima lluvia. El bosque quedaba sumido en oscuridad profunda. En el cuarto oíanse los tristes silbidos del viento, que al colarse por la chimenea imitaban el aullar de los perros. Una lámpara colgada muy alta sobre la ventana, iluminaba, vacilante y pálida, el interior de la improvisada cárcel. Bartek, firme cabe la ventana, quedaba escondido en la sombra.

Y era mejor que los prisioneros no le viesen. No acertaba á comprender lo que sentía. Primero extraña admiración. Contemplaba asombrado á los franco-tiradores y procuraba comprender cuanto decían. Aquellos

hombres se juntaron á los franceses para ayudarles á vencer á los alemanes, creyendo que se sacrificaban en bien de Polonia. ¡Y él, él luchaba contra los franceses, creyendo que cuanto hacía redundaba en favor de Polonia! ¡Y aquellos hombres serían fusilados al despuntar el siguiente día! ¿Qué significaba todo esto? No acertaba á comprenderlo. ¿Si les hablara? Pero ¿qué decirles? Que es su compatriota; que también él es polaco y sufre, sufre mucho al verles en trance tan apurado.—Algo misterioso le impide hablar: ¿y si les ayudara á salvarse?—¡Seré fusilado!—¿Qué hacer? Sentía profunda compasión y no podía continuar impassible dando guardia.

¡Compasión! ¡Extraño sentimiento en el alma de un soldado!

—¡Bartek! ¡salva á tus compatriotas, son de tu país, son tus hermanos!

Y el corazón le trasladaba á Poguembin. Veíase en su casa, y Magda le acompañaba. ¡Ah! ¡estaba harto de guerra y de combates! Parecíale escuchar una voz que incesante, imperiosa le gritaba: ¡Bartek, salva á tus compatriotas!...

¡Maldita sea esta guerra!

El bosque semejaba inmensa mancha negra: oíase el gemir de los abetos, triste cual el de los bosques de Poguembin. Y entre el lúgubre murmurar de los árboles Bartek oía

incesante, imperiosa la voz que le gritaba: ¡Salva á tus compatriotas!

¿Qué hacer? ¿Huir con ellos á través del bosque? la férrea disciplina de los prusianos, que le encerraba cual círculo inrompible, hacía titubear.

Deseando resistir la tentación repetía: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»—¡El, un soldado! ¿desertar? ¡Jamás!...

Mientras el viento soplaba con fuerza y gemía con voces más tristes en el interior del cuarto, el prisionero anciano decía:

—Escucha el viento; parece el mismo que sopla en otoño en nuestro país.

—¡Compadeceos de mí! gritó el más joven con voz insegura. Y momentos después repetía:

—¡Ah! ¡Dios santo! ¡Dios santo! ¡mi casa! ¡mi familia!

Oyóse un profundo suspiro, el prisionero se echó sobre el duro suelo, y reinó profundo silencio.

La fiebre hacía temblar á Bartek...

Lo peor es que no acertaba á explicarse su emoción y sufrimiento. Semejaba un ladrón que teme ser aprisionado. Sentía extraño terror, pero ignoraba la causa. Temblaban sus piernas, y el fusil le cayó de las manos. Triste presentimiento agitaba su ánimo. Ambos prisioneros, y especialmente

el más joven, le causaban vivísima compasión. Ignoraba lo qué debía hacer.

Parecía que el soldado joven se había dormido. El viento soplaba con fuerza creciente y de súbito los cabellos de Bartek se erizan: allá en la noche profunda, entre los gigantescos árboles negros alguien grita y repite:

—¡Mi casa! ¡mi familia!

Bartek se agita. Quiere vencerse. Para alejar la horrible pesadilla golpea el suelo con la culata de su fusil. Mira á su alrededor. Los prisioneros están echados en un ángulo, la lámpara arde siempre, nada ha cambiado, ¡todo igual!

En aquel momento la luz iluminaba la cara del joven prisionero. Dijérase que era un niño. Cerrados sus ojos, la cabeza descansando sobre un puñado de paja, y pálido, tan pálido que se le creyera muerto.

Jamás en toda su vida sintió Bartek tristeza comparable á la que le atormentaba. Algo anudaba su garganta. Un suspiro escapóse de su pecho oprimido.

El prisionero anciano, volviendo la cabeza, dijo:

—¡Buenas noches, Vladék!

Transcurrió una hora. Parecía que un no sé qué extraordinario amenazaba á Bartek, quien entonces creíase que el viento jugaba como los órganos de Poguembín.



... Golpea el suelo con la culata de su fusil. Mira á su alrededor...

Los prisioneros dormían tranquilamente cuando de improviso el más joven levántase de un salto y grita:

—¡Karal!

—¡Qué!

—¿Duermes?

—No.

—Oye, tengo miedo: dirás cuanto se te te antoje, pero yo quiero rezar.

—Pues reza.

—Padre nuestro que estás en los cielos...  
hágase...

Los sollozos apagan la voz del joven. Y sin embargo prosigue

—Hágase... tu... voluntad...

¡Jesús! ¡Jesús! murmuró Bartek! ¡En su pecho sentía algo extraño, nuevo! No podía, no tenía fuerza para más: un minuto y grita: Yo también: ¡yo también soy polaco!... Y fijándose en la ventana rota que mira al bosque y por la cual los prisioneros pueden huir, dícese: ¡Suceda lo que suceda!...

En este preciso instante por el lado de la puerta oyéronse pasos cadenciosos, pesados. Era una patrulla con un sargento que venía á relevar la guardia...

El siguiente día Bartek estuvo ebrio de la mañana á la noche...

Sucedieronse nuevas expediciones, escaramuzas y marchas, y nuestro héroe cobró

nueva afición á la vida militar. Desde esta noche fué muy amigo, demasiado amigo de la botella, que le hacía olvidar penosas emociones.

Y la fortuna no cesó de acompañarle en todos los combates. Al lado de Bartek marchaba la victoria.



#### CAPÍTULO SEXTO

**T**RANSCURRIERON algunos meses. La primavera había extendido su imperio fecundo en esperanza. Los cerezos mecíanse orgullosos vestidos de flores y hojas jóvenes. Los bien labrados campos cubríanse del verde manto que alegra el corazón del campesino.

Un día triste, pues sus recursos, siempre escasos, lo eran más de lo acostumbrado, Magda sentada cabe la puerta mondaba patatas para la frugal comida. Parecía afi-